

José Martín Recuerda

Vida y obra dramática III



José Martín Recuerda. Año 1953.

Continúa el relato de don Benigno Vaquero Cid sobre nuestro autor.

A mí me hubiera gustado ver en él un joven menos sensible y delicado.

Como educador, también por egolatría, por mi afán de influir, moldear y proyectarme en seres interesantes, me hubiera gustado que nuestro joven se pareciera más a mí, un deseo parecido al de un padre respecto a su hijo, ver en él un joven interesado por la política, por los sistemas económico-sociales, por las teorías e hipótesis filosóficas y por la problemática social, moral y religiosa en que se debate el mundo actual. Pero él era él, no tenía más remedio que ser él, como Dios quiso que fuera. Yo pedía brillantez a lo que vale más por ser denso y profundo. ¡Qué equivocación ésta, la mía, en cuanto a mis gustos y preferencias, respecto a su esencial manera de ser! Paso a paso, el tiempo me hizo ver la vana superficialidad que suponen tales preferencias y cuántas cabezas y corazones vacíos se alzan sobre el rebaño humano sólo porque resultan brillantes y ostentosos ante la papanatería de la gente. Con el tiempo, los talentos de nuestro joven resultaron

ser más profundos y eficientes, más valiosos, más permanentes y entrañables de lo que cabía o se podía sospechar...

A veces me traía algo escrito por él para que yo lo juzgara y le diera mi opinión, a veces algo en verso, como una graciosa composición titulada Don Saba, un pobre diablo sin un cuarto y con pretensiones de aristócrata, debatiéndose entre "el quiero y no puedo", era algo de corte valleinclanesco y de carácter esperpéntico que me sorprendió y me pareció muy bien. Otras veces, las más, me traía unas cuartillas en prosa en las que había recogido fielmente, con loable afán de escudriñar y acertada exposición gráfica, alguna situación interesante o algún aspecto importante de la vida. Por lo que iba viendo, para mí, en nuestro joven había madera de novelista. Yo lo estimulaba discretamente en tal sentido...

Al par que leía y releía, nuestro joven procuraba estudiar la vida circundante y compenetrarse con el vivir de las gentes. Con su espíritu de observación siempre alerta, en permanente centinela, se esforzaba, y se esfuerza en bucear bajo lo ostensible y aparente para desentrañar la autenticidad de los seres, penetrando bajo su máscara hasta sorprenderles en

los hondones de su intimidad. Se veía en nuestro joven una predisposición natural para esa labor, continua y callada, de la observación metódica de los fenómenos humanos y de la realidad social, una especie de investigación microtelescópica en constante búsqueda de lo primigenio, en lo pequeño y en lo grande, en lo próximo y en lo lejano, en el sondeo de los más genuinos impulsos y de las más vitales motivaciones que determinan las actitudes, reacciones y conducta de la gente en su entorno social.

Nuestro joven empieza a escribir una novela de traza barojiana que no la termina, duda, abandona la novela y se dedica decididamente a escribir teatro. Ya desde niño le atraía el teatro y empezó a hacer teatros con otros chavalillos representando cosillas infantiles, algunas de ellas de su propia invención. En este tiempo que ahora nos ocupa, me refiero a los años finales de la década de los 40, empezó a dar sus primeros pasos como autor teatral escribiendo varias come-

dias, entre las que recuerdo Caminos, La guardaña, La reina soñada y Dauro.

Conocimiento de don Jacinto Benavente

Por ese tiempo, en el 44, visitamos a don Jacinto Benavente en el Hotel Palace de Granada. Nuestro joven, tan tímido, no hubiera ido a Benavente sin mí. (A don Jacinto, por motivos políticos, se le había puesto oficialmente el veto para publicar o estrenar). Don Jacinto para distraerse, según nos dijo, había venido a Granada con Mari Carrillo y otros protagonistas de El escándalo, película que se estrenaba en España en un cine granadino. Benavente nos dijo que leería con interés Dauro y que después, desde su casa en Madrid, escribiría exponiendo sinceramente su opinión. Y al poco tiempo, así lo hizo, viendo en nuestro joven un autor que empezaba con buen pie y bien dotado y alentándole para que siguiera su labor como tal autor.

También vimos por este tiempo, en Granada, a Irene López Heredia, la gran actriz, la abordamos en plena calle, por cierto que, en el momento de acercarnos a ella, nuestro joven se me fue, se nos perdió, salió de estampía, y tuve yo que hablarle a la actriz por él, menos mal que yo llevaba Dauro en la mano. Tal era la timidez de nuestro sensible e incipiente comediógrafo. A doña Irene le hizo mucha gracia tal huida.

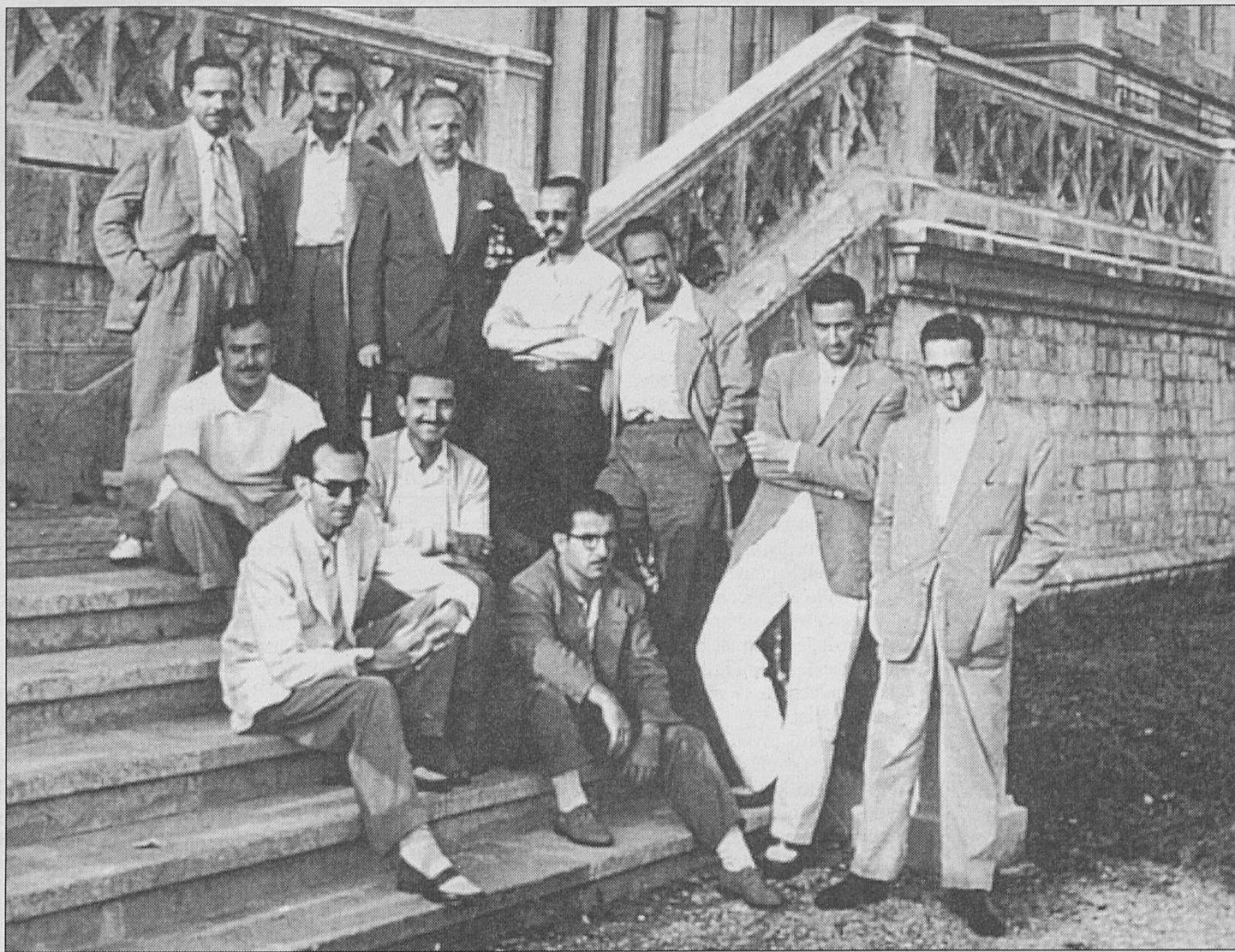
Teatro y vida en la Granada de los años cuarenta y cincuenta

Así, hasta que escribió La Llanura. Y ya si tenemos aquí a Martín Recuerda dispuesto a dar mucha guerra, ya si tenemos aquí un autor de cuerpo entero. Un autor personalísimo, ferozmente independiente y rabiosamente sincero que, con su bagaje de santa rebeldía, empieza a caminar por la agreste senda de los autores "difíciles".

Fue una cosa buena e importante para mí y aun más



Escena del estreno de La Llanura en el teatro "Isabel la Católica", de Granada (16-1-1954), por el T.E.U. granadino, dirigida por el propio autor. Personajes: Juan Moreno Pardillo (senado), en el papel de "El Abuelo", y José Luis Satiandreu (de pie), en el papel de "El Hijo".



José Martín Recuerda (arriba, de pie y en el centro), en la Universidad Internacional Menéndez Pelayo de Santander (Palacio de Magdalena), en un curso de jóvenes autores que tuvo lugar en agosto de 1955.

para él, que desde sus primeros trabajos literarios yo acertara a ver que me hallaba en presencia de un verdadero autor en potencia y formación. Un convencimiento que, en unos por ceguera y en otros por esa envidia que también ciega, chocaba frecuentemente con la opinión de los demás. Hubo hasta quien, al cruzarse con él en la calle y ante el recelo de que pudiera consolidarse como autor, le saludaban con un "¡Adiós, Martín!", mutilando su nombre literario en tono despectivo. Aun después de haber obtenido el Premio Lope de Vega (1958), algunos me preguntaban como con cierta extrañeza y con sádica suavidad:

- ¿Pero todavía sigue usted creyendo en Pepe?

- No es que creo, es que veo - les contestaba -, y estoy plenamente convencido de que en Pepe tenemos un gran autor que dará mucha guerra en el teatro y que quedará muy bien situado en la historia de la literatura.

Y mi oponente miraba con cierto enfado, con simulada sorpresa y hasta con lástima más o menos fingida.

En aquella época de rostros de cartón-piedra, de fingimientos y disfraces forzados. Década de los 40, de la posguerra española y de la guerra y posguerra mundial. Época de incertidumbres y temores, tiempos de comunes horrores y terroríficos miedos. Terrible época de los cuarenta para nuestra dolorida y maltratada España, embargada de temores al volver la mirada hacia atrás o dirigir la vista hacia adelante. En aquellos tiempos de mascarada dolorida y silenciosa,

algunos, con aire de portavoces del ambiente y con malévolos ironía, me decían: "Recuerda exagera demasiado, no capta la realidad y así no acierta a dar una en el clavo. Fíjese usted en esas viuditas tan frescas y tan campantes, como si no les hubieran quitado su hombre, observe como muchas van a la caza del macho, "a rey muerto, otro en su puesto". Esas son "la madre" de La Llanura". ¡Qué interés tenemos todos por camuflar y desvirtuar las realidades que nos hieren!

En general, nuestro autor, sintió muchas veces en su propia carne esas puñaladas trapearas de la difamación como efecto inmediato de las peores envidias. Es la historia de siempre.

¡Qué trabajo suele costar reconocer públicamente los méritos ajenos! Y más si tal reconocimiento supone alzar al prójimo o al "amigo" sobre nosotros mismos en la escala de nuestras facultades o aspiraciones. Elevarse implica siempre empedrar el propio pedestal con un erizado e infamante cerco de malquerencias, envidias y traiciones.

En diciembre del 49 y en el local de la Asociación Cultural Iberoamericana, en Granada, Martín Recuerda leyó por primera vez, ante un público vivamente interesado, su obra *La Llanura*. Yo publiqué en tal fecha un artículo hablando de la obra, de su impresionante lectura y de las polémicas y el revuelo que formó, sobre todo, en el ámbito de los jóvenes universitarios compañeros de nuestro autor.

Poco después, en mayo de 1950, publiqué otro artículo más extenso y enjundioso -el primero aparecido en España - sobre el teatro de Martín Recuerda (Revis-

ta bimestral Norma, mayo, 1950). En este artículo venía a decir que, dentro de la dramática eminentemente realista la renovación que viene impulsando en un vigoroso rumbo a nuestro mejor teatro, consiste esencialmente en que ha conseguido inquietar y hasta herir las conciencias alzándose, en terreno vedado, con los problemas más espinosos, actuales y candentes de nuestro pueblo, vitalizándose de tal manera que, salvando el humillante desnivel moral que yo llamé "espectáculo-público" y, con él, todo vestigio de papantería, de bobaliconería evasiva y de indigno escamoteo con fines comerciales, ha sabido resolverse, con encendimiento y sin trampa ni cartón, en esa otra ecuación vital que yo llamaba "gente ante gente" o, mejor aún, "gente entre las gentes", adquiriendo ese medular y conmovedor sentido humano que impregna sustancialmente las verdaderas raíces del mejor arte ibérico y universal.

En tal sentido -decía yo en aquel artículo- Martín Recuerda viene haciendo con nuestro teatro lo que Don Quijote hizo con el retablo de Maese Pedro, abrirlo por los cuatro costados haciendo saltar en pedazos las falsas figuras y los falseados figurones para dar entrada en el retablo a las gentes de carne y hueso, en desnuda autenticidad, con las realidades más veraces y profundas de su mundo. "Terrible problema - dice Benavente, en su obra *Los intereses creados* - que debe plantearse antes de destruir cualquier retablo de mentirosas apariencias; detrás de toda mentira hay una gran verdad, una humana verdad: que alguien vive de aquella mentira".

Pero, claro está, tal actitud ante la vida, llevada y mantenida en el teatro -y el verdadero teatro es también vida, y aun más vida -, tal actitud sincera, sentida y actuante hasta sus últimas consecuencias, comporta un gran riesgo, y aun comportaba más peligro en aquel tiempo, el riesgo de hundirse o ser hundido, el de no hallar ninguna mano amiga en las fuerzas vivas e imperantes, las únicas capaces de salvarle.

Martín Recuerda, como director del Teatro Español Universitario, montó con innegable éxito muchas comedias, obteniendo tan resonantes triunfos que logró colocar al TEU granadino a la cabeza de los mejores de España. También dirigió y estrenó con el TEU algunas de sus obras, como *La llanura*, *Los átridas* y *El payaso* y los pueblos del Sur con evidente éxito. Esta experiencia teatral de cara al público fue naturalmente de gran valor para su elaboración como autor.

Pero, ante la creciente hostilidad del ambiente, sobre todo de ciertos sectores y elementos decisivos, y enemigos del carácter esencial de su línea dramática, nuestro autor, pensando en no quedarse para siempre en un pobre provinciano haciendo teatro de aficionados, se propuso estrenar en Madrid. Con tal propósito se aparta de su línea de guerrillero combatiente y escribe *El teatrillo de don Ramón*, obra en la que recoge, con poético intimismo, un latido de anonadamiento, bastante común en su tiempo, y con la que obtiene el Premio Lope de Vega y su estreno en el Teatro Español de Madrid, era el año 1959. Tal estreno constituyó para Martín

Recuerda un desengaño y, al par, una valiosa y aleccionadora experiencia que le lleva a una conclusión, lo diremos con sus propias palabras: "El teatrillo... tiene quizá un defecto clave: está escrito rezumando tristeza y los personajes se dejan hundir, mejor dicho, están irremediadamente hundidos desde que se alza el telón. No se rebelan en ningún momento. Se dejan hundir, casi como me pasaba a mí en aquellos días provincianos. De este estreno tuve una gran lección: que hay que dar la cara en el teatro, sublevando los ánimos y luchando frente a frente con el público. Me prometí que mis personajes se rebelarían siempre, que exaltarían siempre las conciencias, porque al español había que darle eso: lucha, pasión, acción, rebelión, consuelo, cariño y, sobre todo, un no morirse entre nuestras propias miserias. Es la mejor manera de hacerles despertar de su aparente letargo" (José Martín Recuerda. Teatro. Edt. Taurus. Col. "El mirlo blanco", n.º 11, p. 55.)

Había que seguir en la brecha, continuar, a toda costa, en la sugestiva y arriesgada senda marcada por *La llanura*. Verdaderamente, en aquellos tiempos, escribir y estrenar en España una obra como *La llanura* supuso algo insólito, una especie de heroicidad. Porque *La llanura* es, al par, monumento, testimonio y denuncia, un grandioso, elocuente y sencillo tributo a todos los fusilados y asesinados en la guerra civil, un impresionante obelisco y dedo acusador para todas las conciencias responsables y, además, una advertencia insoslayable proyectada, con amor y dolor, hacia el futuro histórico de España.

Aún con las lamentables mutilaciones impuestas por la censura, el estreno de *La llanura* supuso para muchos la confirmación de que en Martín Recuerda había un verdadero autor. Ello constituía para mí, junto a la alatorada comprobación de no haberme equivocado, un noble triunfo contra la miopía y la malevolencia de muchos, y, además, la complacencia muy personal de poder seguir paso a paso la formación y el desarrollo de un autor tan original e interesante.

Con estas "notas", escritas de un modo tan personal y personalizado, expuestas con cierto desorden y un poco a la ligera, intentamos aproximarnos, lo más posible, a Martín Recuerda en su circunstancia, a la verdad y a las peculiaridades de su arte, para tratar de explicarnos el porqué de su poderosa garra. Para mí, son varios y convergentes los factores y características personales que determinan la imponente efectividad de su teatro. Tales factores son: La intuición. Martín Recuerda es un hombre eminentemente intuitivo. Posee una profunda e instantánea penetración psicológica. Es en verdad sorprendente cómo, al primer golpe de vista o a poco de tratarlas, logra captar en profundidad la manera de ser de toda clase de personas y el carácter esencial de toda clase de relaciones humanas. Podría citar, con pelos y señales, muchos casos

concretos que confirman sus maravillosos golpes de intuición. Muchas veces, él ha acertado a ver en un instante lo que yo no logré ver en varios años o durante toda mi vida, así, tantas veces, de golpe y con una palabra definitoria, él me ha hecho ver el verdadero fondo, por mí insospechado, de muchas personas a las que yo creía conocer. ¡Qué maravilla este don de la intuición!, y qué valioso resulta para un escritor, esa penetración y conocimiento apriorístico en el

negras del infierno y los poderes de Satanás y llegó la hora de comprometerse con lo instituido, se escapó, huyó de la Cartuja, olvidándose hasta del paraguas, y, horrorizado, vino hacia mí, a la Academia, como el fugitivo que busca su refugio. En su camino de escritor a veces tiene que relacionarse con políticos o personas de alguna institución, y, en tales casos, cuando yo le expreso mi temor con mi advertencia de que se ande con cuidado para no comprometerse o

do recibir la influencia de todo cuanto ha visto y de todo cuanto ha leído y conocido; pero no es posible hallar en él ninguna influencia concreta y, aún menos, preponderante.

En cuanto a las influencias heredadas, vemos en Martín Recuerda mucho de sus padres. De su madre, el sentido de la gracia y del garbo andaluz y específicamente granadino. De su padre, la seriedad formal y concentrada, cierto espíritu senquista, sombrío, austero y parco

pleno, que un hombre tan tranquilo y pacífico como Baroja haya lanzado al mundo, desde la quietud de su rincón, tantas obras rebeldes, de acción y de aventura. Son hombres de una gran vida interior y que sólo "se realizan" en su obra, entregándose por entero a su hacer artístico y volcándose en sus creaciones como su única y natural plataforma de lanzamiento y proyección compensadora de lo que no les es posible realizar en su vida.

Y ya quiero terminar

otra parte, su inagotable capacidad de emoción, su predisposición al asombro y al estremecimiento le hace ser fiel a la problemática más vital y candente de nuestro tiempo al par que es una efectiva garantía de la veracidad de su hacer artístico. Así a él la vida le agarra por entero, y él nos agarra precisamente con esa misma vida que acierta a plasmar encendidamente en sus obras, que resultan siendo la vida recreada abiertamente por él en toda su crudeza.

Ante el enigmático claroscuro del vivir, frente a esta humanidad que lucha y sueña envuelta en muchas más sombras que luces, Martín Recuerda, en su hacer dramático, se orienta más y mejor con la brújula de su instinto que con la de su razón, de tal manera que su sabiduría se enraza en un pragmatismo tangible y universal y resulta más empírica que racional. En esa constante búsqueda de lo auténtico, su talento se hace su camino, un camino que lo lleva a esa sabiduría que resulta ser, al mismo tiempo, única, de todos y de siempre. En ello reside su universalidad, en no encandilarse con brillos ajenos, en no traicionarse, en saber llegar a las más hondas raíces de lo humano sin perder un ápice de ese sentido popular y españolísimo que impregna y rezuma todo su teatro.

Para mí, estas "notas" sólo suponen la expresión de un pequeño testimonio personal acerca de un gran autor y un intento de aproximación a los factores determinantes de su arte. Pero, como dice Pablo Picasso, "amamos la belleza sin tener que entenderla". Siempre resultarán vanos los intentos de explicarnos este mágico fenómeno de la creación artística en sí misma y en cuanto a su irradiación de sugerencias. Georges Braque ya nos dijo con estas palabras: "Hay en el arte una sola cosa que vale: lo que no se puede explicar".

Siempre será para el hombre un enigma insondable esa especie de "duende", ese garbo inefable, esa maravillosa tauturgia que sólo alienta y se da en los elegidos, como en el autor que ahora comentamos. Este dramaturgo de poderosa garra, tan actual, tan sugestivo y sugerente que se nos abre en las espléndidas ventanas de sus obras para asomarnos y vivir intensamente, en toda su crudeza y desnudez, las hondas realidades, tan tuyas y tan mías, reflejadas con toda su miseria y grandeza, en unas vidas y unos seres vistos con esas transparencias y mágicas tonalidades, a través del prisma espiritual de un gran poeta.

Este es, en resumen, el espléndido trabajo con el que don Benigno, de forma tan profunda como sencilla y elocuente, nos adentra en el verdadero ser humano, o al menos, en el ser humano que posibilita y crea al poeta dramático, que siente la necesidad de esa creación y expresión dramática y que aquí, dentro de lo posible, tratamos de conocer: José Martín Recuerda.

Angel Cobo



En la puerta del instituto "Padre Suárez" de Granada, al día siguiente de recibir el Premio "Lope de Vega" por su obra "El teatrillo de don Ramón" (25 de febrero de 1959), con un grupo de alumnos que acaban de felicitarle por la concesión de dicho Premio.

que sabe Dios qué impulsos concurren del inconsciente, del subconsciente y del instinto. En realidad no puede darse un verdadero dramaturgo sin una natural y potente intuición y penetración psicológica.

Otro factor de consideración en nuestro autor es su atención al detalle revelador, a ciertos aspectos, matices u objetos que parecen triviales, a ciertas cosas pequeñas y elementales que suelen pasar desapercibidas o se las considera insignificantes, y que él sabe captar y tener en cuenta en lo que tales cosas importan y significan y en lo que lo nimio suele influir en el ánimo y en el proceder de la gente.

Su egolatría. Martín Recuerda es tanto o más ególatra que el que más lo sea. Él sólo quiere parecerse a sí mismo. Con su estampa de fray Leopoldo en el bolsillo, como la tenía Manuel, su padre, y sus miradas a un Dios que nos comprende a todos, él es su propia religión, su filosofía y su política. Él es un hombre libre, independiente, no comprometido. Yo, tanto siendo él mi alumno como después (él a todos les sigue diciendo que yo soy "su maestro"), he sabido respetar su independencia y actitudes. Siendo alumno mío, recuerdo que se puso a hacer unos ejercicios espirituales con los Jesuitas de Cartuja en Granada, algo así como un cursillo de cristiandad, y cuando le impresionaron con las

ser atrapado, él me contesta diciendo: "Ya sabe usted que a la hora de atar, dejo el paraguas y me voy". Nuestro autor ni filósofo ni teólogo ni teoriza. Ninguna institución, ninguna política ni secta le atrae ni le convence y, aún menos, le arrastra, y no es porque él rechace ideologías, doctrinas y programas después de conocerlos y estudiarlos, no, es que nunca le han atraído lo más mínimo. Por predisposición natural, a él sólo le interesa la vida, la vida que le envuelve, los hechos, las realidades del mundo que palpa y saborea, el gozar y el sufrir de las gentes. El hablar, planear o actuar en nombre del pueblo, de las masas, de los partidos o sectores de todas clases, le repele, le parece falso, le huele a impostura de vividores, de seres espectaculares, vanidosos y pedantes o actitudes exhibicionistas de psicópatas o ilusos arrastrados por los fantasmas de alguna utopía. Un día, en que fuimos a visitar a unos presos políticos, Martín Recuerda salió llorando de la cárcel y me decía: "Están engañados, quizá engañados por otros, ¡qué ilusos!". Y siguió en silencio bebiéndose sus propias lágrimas. Para él, eso de los partidos, de las derechas por un lado y de las izquierdas por otro, son posturas circunstanciales, artificiales.

En cuanto a influencias recibidas, él, un ser tan sensible y al que todo le afecta, ha debi-

do en palabras. Manuel, su padre, era un hombre sufrido, callado, realista y sereno, de rostro inmuable y la mirada frontal, plácida, abierta y tranquila. Yo le veía cierto parecido con Pío Baroja. Cuando, por primera vez, lo vio Buero Vallejo, nos dijo que Manuel parecía un santo salido de un cuadro de Ribera, a no recuerdo que otro autor le pareció Manuel un Patriarca bíblico. Martín Recuerda ha heredado mucho del espíritu de su padre. Cuando él obtenía algún sonado triunfo como director o como autor, yo me acercaba a Manuel para decirle: "Debe usted estar orgulloso de tener un hijo así, un hombre importante". Y Manuel, sin inmutarse, sin insinuar siquiera una sonrisa en su rostro tranquilo, con aquella voz serena que parecía salir de un pozo de sabiduría y de tristeza, siempre me respondía con estas cuatro palabras: "El pobre mi Pepe". (Cómo reflejaba en esas cuatro palabras el conocimiento de la vida como lucha, una durísima lucha, y el conocimiento de su Pepe, tan sensible y lleno de bondad!)

A muchos les extraña que una persona tan débil, tan comodón, tan indeciso y miedoso como Recuerda, sea capaz de escribir unas obras tan recias, con tal fuerza, tan desenfadadas y valientes como las que escribe. A mí no me extraña. Como no debe extrañarnos, por ejem-

plando algo de otros dos factores peculiares y tal vez los más importantes que determinan el carácter esencial de la producción dramática de nuestro autor, se trata de la afectividad y del lenguaje.

Ya decía Unamuno que el sentimiento más que la razón es lo que caracteriza al ser humano y lo que le distingue de los demás animales. "Yo -escribe a tal respecto nuestro segundo don Miguel - he visto más veces pensar a un gato que reír o llorar, se me dirá que ríe y llora por dentro; pero yo también puedo decir que un cangrejo por dentro resuelve ecuaciones de segundo grado".

Martín Recuerda es un hombre hipersensible y humanísimo. Se encariña con todo y con todos. Todo lo humano le afecta hasta tal punto que a veces se perturba, es un neurótico, un enfermo de tipo nervioso como tantos artistas. Su gran humanidad le hace ser generoso hasta el sacrificio. Su irremediable afectividad, el amor y el dolor que siente en silencio por el hombre que sufre, le hace vivir intensamente en su propia carne las penas, alegrías y miserias de los que le rodean. Dentro de mi experiencia en la vida, considero como caso insólito el de este singular autor en cuanto a de qué manera y con qué grado de intensidad le afectan los sentimientos y la vida de los demás. Y, por